

—Vos quisisteis antes humillarme á mí; la suerte ha decidido.

—¿La suerte? ¡Sí, escuchad! Yo no pude disponer de mis fuerzas. ¡La idea de ser devorado por perros ó lobos!...

—¿No quereis confesar que ha sido ello algo, así, como el no defender la buena causa?

—Nada tengo que decir; podiais haber acabado conmigo, puesto que no se habia convenido tener piedad ni misericordia.

—Pero debia suponerse.

—M Sylvestre, valeis más que yo. ¡Quedad con Dios! Ahora puedo asegurar que si dejais vivir á Tonino, no será por cobardía. Sostendré mi palabra, podeis estar tranquilo por esta parte; pero como no he prometido no matar á Tonino, ¡ay de él si llega á caer en mis manos, sea por lo que fuere! Id con Dios. Tengo el disgusto de haber sido humillado, y ¡es preciso que desahogue en llanto mi pesar.

XXXV

RETIRÉME con la mayor sangre fria; pero aún hoy mismo cuando recuerdo haber estado á punto de estrangular á un hombre, algo malo si se quiere, pero no exento de valor moral ni falta de honor instintivo, no logro tranquilizarme. Habia yo reflexionado mucho antes de contraer un segundo matrimonio. Me habia dicho, como la primera vez, que no es cosa de jugar con un juramento por el cual nos comprometemos á la proteccion de una mujer. ¡Es tan profunda, encierra tal extension misteriosa esta palabra "proteccion", que el hombre pronuncia y suscribe frecuentemente sin medir todas sus consecuencias! Proteger, equivalé á defender, preservar y vengar. Bajo la letra de esta palabra legal, existe un supuesto espíritu que se desenvuelve hasta la ilegalidad. Antes que dejar que se insulte á nuestra esposa, debemos matar al insolente; y, como basta una sola palabra para amancillar, es muy posible que una sola palabra trueque en asesino á un hombre honrado. Y esto puede sobrevenir en el caso de legitima defensa, que la ley no ha previsto oficialmente, y que el juez no ha de poder fallar sin gran dificultad.

Habiendo dejado Felicia de merecer de mí semejante protección, ¿estaba yo por ello relevado de mi juramento? ¡No! Solamente ella podía relevarme, abandonándose para entregarse públicamente á otro protector; y como no podía hacerlo sin mi permiso y no podía yo otorgárselo sin faltar á mis deberes, resultaba que no éramos libres uno ni otro de admitir el pase de la opinion. Luego es la opinion' apasionada ó rencorosa.

Sixto More, con su carácter áspero y su obstinada personalidad, reasumia anticipadamente y muy en claro la lucha que debía yo sostener contra toda la comarca, si dejaba propalar lo que *debía* llamarse mi afrenta. ¿Habían soñado en ello los culpables que me exponían con su cobarde debilidad á una lucha tan formidable?

Medí la extension de mi pesada tarea, y me hice cargo de ella; pero, para aminorar la eminencia del peligro, debía conducir todas mis investigaciones con gran cautela; siguiendo las huellas y expiando las citas, podía ser expiado y seguido. ¡Que las inquietudes é impaciencias del celoso aclaran y pregonan lo mismo que necesitan y desean encerrar en la oscuridad y el silencio!

Tuve yo bastante resignacion, y supe hacerme dueño de mí mismo. Tenia la seguridad de llegar al conocimiento completo de los hechos, si no me dejaba sorprender por la indignacion. Debía habérmelas, es cierto, con dos personas profundamente hábiles en disimular, pero yo no creo que sea posible engañar á quien no quiere ser engañado, y que, fria y atentamente, petrificado, por así decirlo, en su punto de observacion pasiva, no deja escapar el menor indicio, se ase á una mirada, comenta un gesto, recoge un suspiro, analiza una sonrisa; y todo ello, sin evidenciar el estado de su espíritu, sin que pueda nadie averiguar el grado de sutileza á que han llegado sus facultades de percepcion.

Visitaba yo de cuando en cuando á Vanina. Sin aumentar el número de mis visitas, procuré aprovecharlas observando lo que pasaba por ella. Vanina hubiera sido naturalmente celosa, porque amaba á su marido con pasion; pero no tenia la menor sospecha ni inquietud alguna en que fundarse. No ignoraba tampoco que Felicia habia estado enamorada de él; y, orgullosa de habérselo arrancado á su antigua señora, continuaba viviendo en la embriaguez de su triunfo. Ella apreciaba igualmente á Felicia, al mismo tiempo que la respetaba y consideraba por su superioridad intelectual y social; pero era harto sencilla para ocultarme á mí como á Felicia misma, que no le tenia miedo.

Al verlas un dia frente á frente, desvaneciése á mis ojos toda sombra. ¡Felicia detestaba á Vanina! Vanina buena y confiada, aparecia un tanto vana y apocada. Agradecia francamente á Felicia el origen de su felicidad, acompañando su expresion de una sonrisa infantil que parecia decir y decia en efecto: "Tampoco hubierais podido evitarla."

A esta sonrisa, contestaba Felicia sonriendo tambien terrible y espantosamente, pero sin que Vanina lo comprendiera. Yo veia bien claro que la rival de Vanina habia sufrido horriblemente viendo á Tonino en brazos de aquella pobrecilla, y que el dia en que Tonino le habia dicho: "no he amado jamás á otra que á tí," debió ella embriagarse hasta el punto de dejarse seducir.

Vanina era dichosa; estaba encantadora, pues la maternidad la habia embellecido maravillosamente. Sus hijos eran capaces de enorgullecer á la madre más exigente; daba ella de mamar al último con cierta ostentacion, y mostraba el mayor envanecida; Tonino los amaba con una especie de ferocidad salvaje. Podia decirse cuando les acariciaba, que era

capaz de comérselos. Observé, sin embargo, que delante de Felicia se abstenia de abrazarles. Esta estaba mortalmente celosa de la maternidad de Vanina. Abrumaba casi á aquellos chiquitines con regalos y cuidados, pero evitaba el verlos y jamás les habia dado un beso.



¿Amaba Tonino á su mujer? ¡Pobre y desdichada Felicia! Vanina era la sola amada en realidad con el juicio como con el corazón. Ella se equivocaba, sin embargo; pero aquel áspero juicio de perversidad no era suficiente á llenar el ánimo ávido é inquieto de Tonino, ó bien la embriaguez del mal estaba agotada, ó habia ya llegado Felicia á aquel estado de celos que importuna y persigue. ¡Justo castigo de que debia yo avergonzarme por ella, y del cual no supo ella esconder la amargura!

Yo no buscaba ninguna oportunidad fija para la confirma-

cion en hechos de aquellas revelaciones de cada instante. Estaba seguro de que se presentaria por sí misma por la fuerza natural de las circunstancias, y se presentó.

Regresábamos precisamente de casa Tonino una tarde de verano. El sol daba todavía calor, é íbamos atravesando el bosque. Tonino venia acompañándonos, y queria llegar hasta la mitad del camino, debiendo, segun dijo, ver á álguien en los chalets de Sixto More. Aquellos refugios de rebaños estaban situados precisamente á corta distancia de la garganta pedregosa en la cual no pude sorprender su última cita; hacia de ello quince dias.

Felicia hablaba de negocios con su primo. Al tratar de la cria y explotacion de los ganados, disputaban casi siempre. Tonino entendia perfectamente sus intereses. Este artista contemplativo, á quien Juan Morgeron habia echado tanto en cara el vivir en los espacios nebulosos, sus pocas aficiones al trabajo y no ser bueno más que para contemplar las estrellas, oyendo rumiarse las vacas desde las lecherías de los chalets, habíase trocado en uno de los traficantes más activos y más astutos. Cada año aumentaba el capital como los productos. Su ideal consistia en comprar cuanto antes terrenos en el centro de la cuesta edificando en ellos una especie de castillo. Pretendia recobrar entonces su verdadero nombre, de *del Monte*, con su título anexo, y, anticipadamente, llamaba él, como en broma, *la condesita* á su esposa y á su hijo mayor *el baroncito*.

Felicia le afeaba semejantes ambiciones, de las que se habia reido él mismo durante largo tiempo, pero de las que dejaba ya entrever su preocupacion formal. Decíale ella, que la vanidad le iba á perder, que era demasiado emprendedor y que se

arruinaria, añadiendo con cierta significativa ironía, que toda la comarca se iba á reir continuamente de la condesa Vanina, nacida en el hospital y arrancada por su marido de la cola de las cabras que guardaba á la sazón muy satisfecha, por diez escudos anuales de salario.

Yo no me mezclaba nunca en sus conversaciones. Fingia tener, desde hacia algun tiempo, gran aficion á la historia natural, é iba acompañándoles deteniéndome, adelantándome ó desviándome á derecha é izquierda, examinando ó arrancando algo, pero sin perder palabra, mirada ni gesto.

No tardé en descubrir que en el fondo de sus discusiones habia, por parte de Tonino, algo y aun algos de abyeccion. Explotaba, á no dudarlo, el amor ó el miedo de Felicia. Quería que ella dejara en sus manos, bajo la forma de asociacion, cierta cantidad que ella le habia prestado el año anterior. Felicia no insistió para que se la devolviera á su próximo vencimiento, concediéndole un largo plazo para ir saldando sin esfuerzo. No manifestaba ella gran temor porque Tonino, dada la temeridad de sus empresas, resultara insolvente; sin embargo, rehusaba participar de sus ganancias y pérdidas, diciendo que no quería en manera alguna alentar sus locuras, que procuraba enfrenar con la necesidad de restituir lo que ella y otros le habian prestado.

Hubo un momento en que se incomodaron de veras.

—Me estais tratando como tratabais al pobre Juan, decíale Tonino. Vos le volvisteis loco, á no dudar, con vuestras chanzonetas y censuras. ¡Se lo reprochabais todo, á él, que jamás tuvo una palabra de reproche para vos!

Esta frase penetró como un puñal en el corazón de Felicia. Tonino estaba á la sazón celoso del pasado, ó aparentaba estarlo.

Aquella falta antigua, aquella mancha indeleble, que mi generosa equidad habia creído borrar para siempre, Tonino la hacia reaparecer, como la marca infamante del hombro de los presidiarios que revive al herirla de nuevo. ¡El hermano y el esposo habian perdonado y olvidado! ¡Ellos, que debian cargar con la pena y la vergüenza de aquella mancha, la habian aceptado, y no le faltó á aquella mujer, verdaderamente ingrata, un amante para echársela en cara!

Ví agitarse su seno y llenarse sus ojos de lágrimas ardientes, que dejaba rodar por sus mejillas sin enjugarlas, temiendo hacerse traicion en mi presencia. Guardó entonces profundo silencio y yo me desvié á propósito. Penetré entre unas malezas fingiendo perseguir una culebra. Ví luego á Tonino, afeándose al parecer su conducta, acercarse á su cómplice, tomarle la mano á su pesar, pidiéndole perdon; pero ¡qué perdon más humillante para ella! Era él en realidad quien otorgaba la gracia, concediéndole como un favor una caricia furtiva.

Cuando yo me les reuní, continuaba ella disgustada aun. Propúsele pasar cerca de las rocas donde habia yo encontrado hacia unos quince días, varios saxifragos, aparentando no recordar bien el lugar. Sorprendí como cierto temor en los movimientos de Felicia. Tonino, con la mayor tranquilidad del mundo, escalaba las rocas, cogia las plantas y me las entregaba. Mientras me estaba él prestando graciosamente este servicio especial, pude alcanzar un detalle importantísimo.

Yo estaba en el sendero junto á Felicia sentada en una piedra. Apartéme un poco y, sin aparentarlo, veia su semblante muy de cerca sin que nada pudiera escapárseme de los movimientos de Tonino. Cuando él retornaba, pasó cerca de una hendidura no muy visible que habia yo señalado, oportunamente, de antemano, sin creer que pudiese ella dar entrada á la gruta,

entrada mucho más accesible que la grieta superior. Cuando estuvo allí, Tonino detúvose un instante, y logré ver como se levantó Felicia instintivamente, irritada ó espantada por la imprudencia, ó mejor dicho, por la osadía de su amante. Cambiaron algunas miradas rápidas, las cuales reasumían con elocuencia sensual, toda una escena, ó todo un drama de pasión sobrecitada. Los ojos de Tonino decían: *¡Aquí!* luego buscando en el horizonte el lado opuesto al lugar en que el sol iba desapareciendo, formularon este mandato triunfal: “Mañana por la mañana, ¡otra vez!

Los ojos de Felicia respondieron inmediatamente: “¡No, te odio!”, A lo cual repuso una sonrisa de Tonino: “Guarda no te coja la palabra.” —Felicia se ronrojó. Sus ojos fijos en el suelo dijeron aun más claramente: “Soy débil, vendré.”

Luego, me entregó Tonino las flores que había cogido, diciéndome:

—Están ya granadas; no podreis tal vez estudiarlas bien.

Como botánico, hubiera debido contestar que era así precisamente como las quería; pero respondí:

—Efectivamente, están pasadas. Las he visto menos adelantadas por la parte del *Bolo*. Mañana por la mañana iré á ver si estarán abiertas ya.

Y rogando á Tonino me dispensara por el trabajo inútil que había permitido que se tomara, dejé las plantas sobre el peñasco como olvidadas. Era esto prometer que no iría yo á estudiarlas allí donde estábamos.

¡Cómo quedaron satisfechos de mi promesa aquellos alegres amigos de mi corazón! Miráronse nuevamente, y á hurtadillas. Los ojos de Tonino dijeron aun: “Sin el marido, que puede estorbarnos, la fiesta será cumplida,” y los ojos de Feli-

cia exclamaron por la suya: “El goce en que piensas embriagarme curará el daño que me has hecho esta tarde.”

Repitióse igualmente este coloquio mudo, en el instante de despedirnos de Tonino. Recomendó ternura para conmigo; y cogióse enseguida de mi brazo, al objeto sin duda de hacerme creer que era dichosa encontrándose de nuevo frente á frente de su marido. Entramos, pues, otra vez todavía en nuestra casa como un par de enamorados! Ella no se atrevía á decirlo, pero la convulsiva expresión de su mano tenía el valor de expresarlo.